

DAVID CERDÁ

Sangre en la hierba
(Los porqués del fútbol)



SANGRE EN LA HIERBA

(LOS PORQUÉS DEL FÚTBOL)

los **INTE
MPEST
IVOS**

DAVID CERDÁ

Sangre en la hierba
(Los porqués del fútbol)



Primera edición: junio de 2018

© David Cerdá, 2018
© de esta edición: Editorial Funambulista, 2018
c/ Flamenco, 26. 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

BIC: DN
ISBN: 978-84-948104-8-0
Depósito legal: M-17386-2018

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: <https://goo.gl/zvJAhq>

Producción gráfica: Liber Digital

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Sangre en la hierba

*Para mis hijos Víctor y Daniel,
los futboleros a los que más he querido, quise y querré*

SANGRE EN LA HIERBA

Los Mundiales de fútbol, con su dimensión planetaria que anega las agendas mediáticas y particulares, dan el tono de la relevancia que este deporte ha cobrado en nuestro mundo contemporáneo. Un acontecimiento que paraliza ciudades, condiciona economías y genera una mitología propia, y que, además, es solo la fastuosa coda de un fenómeno que ha pasado a acompañar nuestras vidas como un bajo continuo, bien merece una reflexión depurada de fobias y filias personales. ¿Por qué se ha vuelto tan importante el fútbol? ¿Qué hay en él, que no se da

en otros deportes o experiencias recreativas, que le confiere tal primacía multicultural? ¿Por qué no podemos ya despachar el fútbol, como hizo Borges, como esa «cosa estúpida de ingleses», sin perdernos algunas conclusiones valiosas sobre nuestra contemporaneidad?

Podríamos empezar diciendo que el fútbol es popular porque implica una serie de habilidades accesibles, desplegadas en un marco reglamentario relativamente sencillo, lo cual ayuda a empatizar con el juego y los jugadores. Un espacio abierto y un objeto rodante bastan para socializar a una veintena de chavales, o a otros tantos adultos. Aunque descuelen musculados personajes como Cristiano Ronaldo, el futbolista medio no es un héroe olímpico, como ocurre en otras disciplinas deportivas, sino un *alter ego*. Algunas de sus más rutilantes deidades, como Maradona o Iniesta, han oficiado su magia desde cuerpos menudos y hasta toscos, absolutamente

terrenales. Y su nada sofisticada dinámica permite que incluso el recién llegado se zambulla en el juego, convirtiéndolo en asunto multiétnico, intergeneracional y, últimamente, unisex, también en cuanto hace a su práctica. El fútbol se juega fundamentalmente de cintura para abajo, y nada hay más primitivo, universal e intuitivo que golpear con los pies un objeto que transita a ras de suelo.

Además, el fútbol se beneficia de nuestra natural querencia por los opuestos, nuestro binarismo innato. Ocupa el espacio que Roger Caillois, en su cuádruple tipología, denominó *agôn*, es decir, es uno de esos juegos en los que predomina el enfrentamiento entre contrarios. Como el animal netamente decisor que somos, habiendo quedado sometidos, tantas veces, a disyuntivas en las que nos iba la vida, a los humanos nos ha quedado como poso evolutivo esta inclinación a oponer bandos que todavía

hoy nos estimula tanto. Por supuesto, este es un aspecto que permea el deporte de competición en su conjunto. No obstante, ocurre que la propia dinámica competitiva del fútbol resulta idónea para activar dicho mecanismo, mediante el cual simplificamos los dilemas y nos proveemos de una sensación diáfana de vivificante polaridad. Labramos así una comprensión aligerada y un veredicto franco entre vencedores y vencidos; un simplismo que, en tanto humanos, nos resulta sumamente tentador. Así, nos asustaría saber cuántas personas preferirían resolver diferencias sociales o específicamente políticas en un campo de juego (o en un cuadrilátero), antes que a través del diálogo, la disputa argumentada y la práctica activa de la democracia, aunque la democracia sea esencialmente eso: las conversaciones, no tanto las votaciones.

El fútbol es otra cosa: es contacto físico, es tensión, es bronca, es bordear la legalidad y

apelar a la *testiculina*. Con la ventaja añadida de parecerse mucho a la vida, en este otro sentido: en lo que tiene de fortuito, por ser un recreo cuajado de lances inesperados, por llegar a ser reiteradamente injusto. El fútbol es uno de los deportes donde más veces se cumple aquello de que *no siempre gana el mejor*. Por lo tanto, de nuevo con Caillois, el fútbol es también *alea*, un juego en el que el azar ostenta mando en plaza. Emula a la vida, tan incierta y aventurada (tan *perra*), y, al hacerlo, a algunos los reconcilia con ella. Como evento que discurre entre una multitud de iguales, socializa nuestra fragilidad, y es, a su prosaico modo, *magister vitae* en cuanto a los muchos altibajos a los que nos vemos sometidos los quebradizos mortales.

El turbador poder del fútbol se asienta en otro de sus efectos psicosociales, posible base última de su trascendencia: la medida en que despier-ta y nutre nuestro sentimiento de pertenencia. Es

algo que todos los Estados conocen y fortifican. Algún estadista glorioso, como Nelson Mandela, utilizó con extraordinaria inteligencia ese otro fútbol llamado rugby para lograr, en unas horas, lo que hubiera llevado años o quizá nunca se hubiera conseguido de otro modo: la reunificación pacífica de un país tocado de muerte por el virus divisor del racismo. En general, los gobernantes saben que, desprovistos los signos militares de su antigua honra, solo el deporte puede lograr ahora que las diversas capas que conforman todo país enarboles una misma bandera. Una identificación colectiva que resulta más socorrida que nunca en nuestra agigantada aldea global.

En todo ello, los futbolistas juegan un papel especial, como proveedores de gloria para unos espectadores que a menudo se ven abocados a vidas más bien poco gloriosas. Para quien vive de un modo escasamente excitante y nada heroico, la agitación y el triunfo del fútbol